



PRIMERA PARTE.

EL ESCLAVO DE SU ESCLAVA,
Y HACER BIEN NUNCA SE PIERDE.

A Vos, sagrada María
de la Asuncion, que abogada
sois en todos mis peligros,
librándome de desgracia,
pido favor humillado,
y á vuestra proteccion clama
mi númea, porque se escriban
en anales de la fama
tus prodigiosos milagros,
con que al cristiano lo amparas.
En el reino saletino,
que al presente rige y manda
Osman Alí, á quien los moros
brazo de Mahoma llaman,

y del cual su hija Dalifa
es el centro, erario y ara,
que el bárbaro rey en ella
vincúla sus esperanzas,
sucedió el presente caso,
segun mi pluma declara.
Un dia que esta Princesa
salió con todas sus damas
á pasear sus jardines,
fuentes, estanques y estancias,
cuando la noche tendia
cortinas enmarañadas,
vistiendo de negras sombras
esa mansion estrellada,



unos fuertes armadores,
que de los mares de España
á las playas berberiscas
en su corso bordeaban,
por ver las puertas abiertas,
que descuidaron las guardias,
valiéndose del silencio,
prendieron á la Otomana;
la que á voces repetia:
traicion, con voz muy blanda.
Prontos la llevan á bordo,
y al punto levando anclas,
á vela y remo se entregan
á la espumosa campaña.
A los llantos de Dalifa
recordó toda la guardia:
y á Mahomet le dieron parte,
que de general se hallaba,
del robo de la Princesa;
y él orgulloso se embarca
en su capitana, y vuela,
por si puede darles caza.
Cuando Osman la nueva supo
que su Dalifa faltaba,
brama como fiera herida,
ó leona á quien le falta
el cachorrillo en la cueva;
y por su alcoran juraba
pasar á cuchillo á todos
los que en el jardín estaban.
Mas, prudente un moro anciano
suplicó se sosegara,
porque el general Mahomet
salió con toda su escuadra
para remediar el daño,
y castigar tanta infamia.
Templóse el bárbaro rey
á las sagaces palabras:
amaneció el otro día,
y oyendo pieza de salva,

mandó Osman saber la nueva,
al mismo tiempo que entraba
Mahomet por el palacio,
el que echándose á sus plantas,
haciale la zalá.

Y Osman le dijo: levanta,
y dime de mi Dalifa
la fortuna ó la desgracia.
Respondió Mahomet: señor,
salí pronto con mi escuadra
á rescatar á la Princesa
de la española arrogancia;
pero enojados los vientos,
en uracanes se enlazan,
brama el mar en ondas crespas,
y en la furiosa borrasca
el piloto desalienta,
y el marinero desmaya;
por lo que me volví al puerto.
Pero os prometo, Monarca,
no volver á vuestra vista,
sin que mi brazo y mi espada,
á pesar de los cristianos,
dé á Dalifa rescatada.

Osman jura por Mahoma,
y Meca, su grande casa,
que si á Salé la conduce,
logrará su mano blanca.
Doblemos aquí la hoja,
para otra vez desdoblarla.
En la ilustre Barcelona,
taller de valor y armas,
vivía don Juan Rosel,
caballero de gran fama,
y de caudal muy crecido,
como solariega casa:
este tenia una hija,
á quien Violante llamaban,
y un hijo, que es don Rodrigo,
muy valiente por la espada,

en sus acciones piadoso,
y cortés en sus palabras.
A este le entregó su padre
crecida porcion de plata,
porque con el uso de ella
el caudal adelantara.
Y una mañana que el jóven
salió temprano de casa,
reparando un gran bullicio
á la puerta de una casa,
curiosamente se arrima
á ver de qué dimanaba;
y uno que estaba alli, dijo:
ha muerto don Juan de Guardia,
y no hay para hacerle entierro,
ni para pagar á tantas
deudas que en la ciudad deja.
Y con la piedad cristiana
que le asiste á don Rodrigo,
doce mil pesos dejaba,
con que el funeral hicieron,
y á los acreedores pagan:
limosna que aceptó Dios,
y supo remunerarla,
como se verá en los fines
de aquesta historia tan rara.
Retiróse don Rodrigo,
y al muelle la vuelta daba,
donde estaba puesta en venta
nuestra Dalifa nombrada.
O poderosos juicios
de la Deidad soberana!
la que esclavos mil tenia,
hoy viene á mirarse esclava.
Era la noble cautiva
breve compendio de gracias,
pues Palas, Minerva y Juno
creo no le aventajaran.
Cuando la vió don Rodrigo,
quedó esclavo de la Esclava,

porque el amor no da tiempo
al arco, flechas y aljava.
Preguntó cuánto valia,
y una cantidad muy alta
pidieron por la cautiva;
y sin detenerse en nada,
la dió al punto don Rodrigo,
y se la llevó á su casa.
Desdeblo ahora la hoja,
que antes dejamos doblada.
Mahomet con sus javeques
pronto partió para España,
y llegando á Barcelona,
vistió á la española usanza,
hablando muy bien la lengua
castellana y catalana,
que el trato con los cautivos
le fué escuela cortesana.
Paseando la marina,
llegó á tiempo que la hermana
de don Rodrigo, Violante,
dos bárbaros con infamia
quitar su honor pretendian,
y al ver accion tan villana,
la sangre del noble Moro
su pecho piadoso exalta;
y echando mano al acero,
partió á ellos como á bala:
los que salieron huyendo,
al ver accion tan hidalga.
Y Violante agradecida
preguntóle nombre y patria,
y fingiendo él uno y otro,
respondió pronto á la dama:
mi nombre es don Juan Osorio,
y mi patria es Salamanca.
Sirviéndola cortesmente,
acompañóla á su casa,
y entrándola hasta su cuarto,
vido que su padre entraba,

y mandó que se escondiese
en una contigua sala.
A este tiempo don Rodrigo
entró ufano con la Esclava,
y por dátiva la ofrece
al servicio de su hermana.
Agradeciólo, y el padre
dijo: bueno será herrarla,
no arrastre con su hermosura
alguna sangre cristiana.
Lloró Dalifa, que allí
nombre de Luna tomaba:
fuese el padre y el hermano,
y Violante á Luna manda,
que le tragese una luz.
Don Juan fingido repara
en la Esclava, y reconoce
ser la prenda que buscaba,
y se fue de casa al punto,
pensando como robarla.
Una noche que Dalifa
rendida al sueño se hallaba
vido en sueños la paloma
cándida, pura é intacta,
á María nuestra Reina,
que de esta suerte le habla:
querida hija Dalifa,
deja la secta otomana,
sigue la ley de mi Hijo,
que es la verdadera y santa.
Siendo de aquesta manera
varias veces avisada;
un dia que don Rodrigo
fiso su amor le expresaba,
le dió noticia del sueño,
y él le dijo: hazte cristiana,
que si me igualas en sangre,
te doy la mano y palabra,
que seré, Luna, tu esposo.
Ella que de honor preciaba,

le dijo que era Princesa,
y heredera de su casa.
Y al darte finos las manos,
su padre don Juan entraba,
y viendo de que su hijo
daba la mano á su Esclava,
arrojándolo en el suelo,
un bruñido puñal saca
para quitarle la vida,
pero Violante, su hermana,
detuvo el bruñido acero,
pidiendo lo perdonara.
Mas don Juan Rosel responde:
quien hace accion tan villana,
no puede tener mi sangre;
y así váyase de casa,
que cuando yo lo reciba,
á mil cautiverios vaya.
Fuése al punto don Rodrigo,
suplicándole á su hermana,
que le permitiese á Luna,
hablarle por la ventana.
Fue por el Cura al instante,
que á la Mora bautizara:
salió á la reja Dalifa,
adonde se le echó el agua,
y por nombre el de María
ha recibido en la gracia.
Desposóse al fin con ella,
y al mismo tiempo la saca,
llevándosela á una quinta,
que estaba de allí inmediata,
y á las orillas del mar.
Dejemos en esta plana
casados los dos amantes,
y al Rey que la dicha aguarda
de ver viva á la Princesa,
que en otra parte acabada
dará el Poeta la historia,
como perdonen sus faltas.

10

SEGUNDA PARTE.

DEL ESCLAVO DE SU ESCLAVA.

Y a dije en la primer parte,
como contentos quedaban
doña María y su esposo,
fuera la ciudad y casa,
en una espaciosa quinta,
que del mar está inmediata:
volvamos á Mahomet,
el cual don Juan se nombraba,
que deseando cobrar
á su Princesa roba la
de casa don Juan Rosel,
donde servia de Esclava,
por ignorar la noticia
de ser cristiana y casada
con el noble don Rodrigo,
él en amor contiaubaba
con la hermosa Violante,
dándole mano y palabra
de que sería su esposo,
todo con el fin y traza
de libertar á Dalifa,
y á Violante hacer esclava.
Confida la señora
de don Juan y su palabra,
le dió una noche la llave,
porque en el jardin le hablara.
Con espresiones corteses
rindiendo don Juan las gracias
parte pronto á la marina,
y en una secreta cala,
donde dejó sus javeques,
Mahomet cuenta les daba,
á los soldados y Arraez,
que la escuadra comandaba.

Y cuando el hermoso Fobo
en el cenit se ocultaba,
de los mas valientes moros
seis Mahomet se llevaba,
que ayudasen á su empresa
atrevida y temeraria.
Con precaucion y cuidado
siguió la perra canalla:
abrió la puerta y entraron
en el jardin de la dama,
y ella que gustosa espera,
con su infortunio encontraba,
pues discurriendo que era
Dalifa, prontos la agarran,
y con paso acelerado
á su nave caminaban.
Dice al fingido don Juan
Violante determinada:
no es accion de caballero
el sacarme de mi casa,
señor don Juan, de esta suerte.
Y él con la voz levantada
le dijo: no soy don Juan,
que soy de ley mahometana,
y mi nombre es Mahomet,
que te llevo á ser esclava.
Aquella Elena, aquel ángel,
aquella Palas cristiana,
estremeciendo sus carnes,
en tiernos suspiros daba
sentimientos á los mares;
y eran sus lágrimas tantas,
que acrecentaron sus ojos
los raudales de las aguas.

Mandó Mahomet la llevasen
de su rey á ser esclava,
y que en breve iria él
tambien con su prenda amada.
Entre zambros y alborozos
parte la fiera canalla
para Salé. Y vuelvo ahora
á Mahomet, á quien su ansia
trajo pronto á Barcelona,
y hallando la puerta franca
del jardin, entró por ella,
y don Juan Rosel que estaba
noticioso ya del robo,
viendo gente recatada
ocultarse entre los mirtos,
tiró pronto de la espada,
y ellos puestos en defensa,
usando sus cimitarras,
valerosos se defienden;
y Mahomet con mucha audacia,
temiendo ser descubierto,
apeló á la retirada,
y por ser la noche obscura,
perdió don Juan sus pisadas.
Mas un moro que dejaron
de espía allá en la muralla,
dijo, como habia oido
á unos hombres que pasaban,
de que la mora Dalifa
se habia vuelto Cristiana,
y que se habia casado
con un hombre de importancia,
y en una quinta vivia,
que allí en la marina estaba.
Y Mahomet con esta nueva,
atravesando la playa,
descubrió la hermosa quinta,
y sin reparar en nada,
hasta lo interior se entra,
y encontró en la primer sala

sola á la hermosa Dalifa,
María denominada.
Todos los moros la cercan,
y fuertemente la agarran;
ella dice: ingratos, viles,
dejadme, que soy Cristiana.
Ay mi esposo don Rodrigo,
qué grande pesar te aguarda,
cuando te halles sin tu esposa
que fina te adora y ama!
Dieron con ella en la nave,
y á Salé toman la marcha.
Dejemos las dos que van
contra su gusto apresadas,
y volvamos á hijo y padre,
que el mismo dolor los llama
á entregarse al precipicio,
pues sabiendo que llevaban
á su muger y á Violante,
como dos fieras pisadas
van por poder socorrerlas.
Mas por quedar de la escuadra
de Mahomet dos javeques,
y setenta hombres de armas,
á hijo y padre cautivaron,
y la maldicion echada
la miró don Juan cumplida,
mas no pudo remediarla.
Dejemos á los cautivos
caminando por las aguas,
y pasemos á Salé,
á donde llegó la escuadra
de Mahomet que iba delante,
y á la Princesa llevaba.
Hicieron la salva real,
y al Rey noticia le daban,
como á su hija Dalifa
la tenia ya en la playa.
Salió el Rey con la nobleza,
y tiernamente la abraza.

demostrando en su alborozo
tierno amor á su hija amada.
Con una opulenta pompa
de la moravita usanza
llevaron á la Princesa
hasta su real alcázar;
y tanto triunfo sentia
la convertida Cristiana.
Hubo saraos y fiestas,
asambleas y algazaras,
y antes que el cuarto blandon
sus luces las ocultara,
llegaron tambien al puerto
lo restante de la escuadra,
que llevaban á Violante,
y los que tiernos lloraban,
su padre y querido hermano,
á los que esposados sacan
con los grilletes al pie,
y argollas en sus gargantas.
A palacio los conducen,
al Rey se los presentaban,
y mandó que á la Princesa
en víctima los llevaran.
Cuando á su presencia llegan,
rendidos se le postraban:
mira el esposo á la esposa,
mira el hermano á la hermana,
el padre mira á sus hijos:
y solo lágrimas hablan
ternezas del corazon,
que al fiero dolor atada
la pronunciacion tenian,
viendo fortuna tan varia.
Mas la Princesa María
con amor así les habla:
no sintais el cautiverio,
pues sabeis que soy Cristianas;
dame los brazos, Rodrigo,
esposo mio del alma.

Y en tiernas demostraciones,
aunque con penas mezcladas,
bebieron los dos amantes
el veneno y la triaca.
Dijo María á Violante:
querida y amada hermana,
no vienes á ser cautiva,
sino á ser de mí estimada,
y con el tiempo tendremos
la libertad deseada.
A don Juan, que era ya anciano,
y en su llanto se anegaba,
dió los brazos la Princesa,
y con tierno amor le habla,
diciendo: padre querido,
no sienta aqui su desgracia,
porque en mí tiene una hija,
que mira por esas canas,
y como padre lo adora.
Yo os doy mi mano y palabra,
que antes de muy pocos dias
iremos todos á España,
para celebrar las bodas,
que en mí fueron tan infaustas.
Estando en este coloquio
de amorosas eficacias,
Mahomet que la accion vido,
del corvo a fange tiraba,
y arrojado al gavinete
donde la Princesa estaba,
lleno de cólera y celos,
matar los cautivos trata.
Don Juan se pone en defensa,
y con sus fuerzas cansadas
se cayó á los pies del Moro.
Don Rodrigo que miraba
la desgracia de su padre,
con el amor que le inflama
su tierno y filial cariño,
le quitó á Mahomet el arma.

Entró el Rey en este tiempo,
y por su delito manda
los lleven á una mazmorra,
para que en pública plaza
mueran los dos en palados,
y los llevaron los guardas.
Por no dilatar la historia,
vamos á que antes del alva
vieron los dos prisioneros
como una luz se mostraba
al fin de aquella mazmorra,
por entre unas rotas tablas:
tiraron de ellas, y vieron
una cueva subterránea,
y con un hachon de tea
un hombre se encaminaba
hácia ellos, y les dijo:
mi piedad noble y cristiana
viene á daros libertad,
sin temer riesgo ó desgracia.
Don Rodrigo le responde:
sino va mi esposa amada,
tambien mi hermana Violante,
morir quiero en la demanda.
Pues venid á la marina,
donde contentas aguardan.
Entraron por una cueva
funesta, lóbrega y larga,
y salieron á la orilla,
donde su esposa y su hermana
abrazan los prisioneros.
Y aquel que los comboyaba,
dijo que cuánto ofrecia
si en libertad los dejaba?
Y respondió don Rodrigo:
que señalase él la paga.
El cual dijo luego al punto:
tu prenda mas estimada.
Yo consiento en lo que dices,
don Rodrigo replicaba;

y engolfándose la nave,
en breve tiempo se hallan
en las playas de su tierra.
El hombre pide la paga;
y don Rodrigo le dice:
yo te daré el oro y plata,
y las joyas de mas precio
que tengo en toda mi casa.
Y aquel que no conocian,
le replicó con instancia:
eso es lo que mas estimas?
El rostro se le inmutaba
á don Rodrigo, y le dice:
despues de mi esposa amada,
eso es lo que mas estimo.
Pues tu esposa sea paga.
Quedó en confusion muy grande,
al oir tales palabras.
Viendo yerto á don Rodrigo,
el marinero le habla,
diciendo: yo soy aquel
difunto, que por tu causa
se le dió la sepultura,
y pagaste deudas tantas,
que por mandado de Dios
vine á dar eso por paga;
que hacer bien por los difuntos
es cosa que á Dios agrada.
Al ver esta maravilla,
gustosa Violante trata
morir en un monasterio,
rindiéndole á Dios las gracias,
y á la soberana Vírgen
de la Asuncion celebrada,
á quien humildes pidamos,
remedie nuestras desgracias.
Don Rodrigo con su esposa
le rinden mil alabanzas,
y con júbilo y contento
quedan en su noble patria.